

CARI/ COMITÉ ESTADOS UNIDOS

OBSERVATORIO ESTADOS UNIDOS

La emulación en la competencia Estados Unidos/China

Por Roberto Russell

Director del Comité de Estados Unidos del CARI.

En su libro indispensable, *Teoría de la Política Internacional*, Kenneth Waltz, señala que los sistemas competitivos son regulados por la “racionalidad” de los más exitosos. En el campo de la política internacional, la racionalidad se expresa en la emulación de las potencias dominantes por las que aspiran a alcanzar esta posición. Este proceso, según el autor, lleva ineludiblemente a que los grandes poderes de cada época se parezcan en aspectos fundamentales y en sus conductas. Puesto de manera más simple, y con alguna licencia, la copia al de arriba por parte del que sube es un requisito de todo ascenso exitoso. De este modo, la emulación se ofrece como un aspecto fascinante para comprender la dinámica del ascenso y descenso de los grandes poderes bajo el signo de la competencia. Si la copia rinde sus frutos, la imitación posibilita un paso superador hacia la innovación genuina de parte del ascendente. Por lo general, este cambio de fase de la emulación a la innovación se percibe con mayor claridad en los campos de la seguridad y de la tecnología cuando de la “ingeniería inversa” que acompaña obligatoriamente a todo proceso de copia se transita hacia la búsqueda de la supremacía militar y tecnológica.

La actual y creciente rivalidad entre Estados Unidos y China es el ejemplo que tenemos más a mano para ver el funcionamiento de esta dinámica repetitiva. China ha copiado a Estados Unidos en materias blandas y duras: por ejemplo, formación de elites y capacitación de cuadros dirigentes, organización de sus universidades, ejercicio de la diplomacia cultural, administración de empresas, desarrollo de tecnología de punta y modernización de sus fuerzas armadas. Como en casos anteriores de transición de poder, la copia no es absoluta, se adapta a las necesidades y circunstancias propias y excluye el tipo de régimen y las ideologías.

Estos dos últimos aspectos, que no se emulan por no ser esenciales para alcanzar la cima, son decisivos en otros tres sentidos que son ajenos a las consideraciones teóricas de Waltz: determinan el carácter homogéneo o heterogéneo del orden internacional en el que se desarrolla la rivalidad; tienden a alimentar la construcción de una visión negativa del “otro” y, en consecuencia, pueden contribuir a que escale el nivel de la competencia; y, por último, son un factor disruptivo, potencial o real, en las relaciones de los grandes poderes con los estados secundarios y menores.

La heterogeneidad en el plano “ideacional”, como le gusta ponerlo a los constructivistas, es un rasgo definitorio del orden internacional en el que se desenvolverá la política internacional por varias décadas. Es un hecho del cual puede derivar un serio problema: que las diferencias ideológicas y en el tipo de régimen político se coloquen en el centro de la competencia y, por lo tanto, obstaculicen o impidan gestionarla como una rivalidad clásica entre grandes poderes. Hasta el momento, la tendencia a incluir el factor ideológico en el vínculo bilateral ha sido mucho más pronunciada en Estados Unidos que en China, aunque en este país, y en particular desde 2017, la retórica de la confrontación con cierta carga ideológica se ha incrementado, como lo prueba, por ejemplo, la así llamada “diplomacia del lobo guerrero”.

En el caso de Estados Unidos, el énfasis en lo ideológico ya no es solo propio de halcones como el ex secretario de Estado, Mike Pompeo; se aprecia asimismo en buena parte del *establishment* de Washington. El discurso de Pompeo del 23 de julio de 2020 pronunciado en la Biblioteca Richard Nixon de Yorba Linda constituye la expresión más clara de la visión que describe a la competencia entre Estados Unidos y China como una lucha irreconciliable, ya no entre rivales sino enemigos. En esa oportunidad, definió a China como una “amenaza existencial para la economía, la libertad y la democracia en el mundo” y convocó a formar una coalición anti-Beijing basada en la ideología. Y para no dejar dudas, agregó lo siguiente: “No es el mismo tipo de enemigo. Aquí no se trata de contención. Es un desafío complejo al que nunca nos hemos enfrentado. La URSS estaba cerrada al mundo libre, la China comunista está aquí, dentro de nuestras fronteras, por lo tanto no podemos enfrentar solos este desafío”.

Número 109
MAYO 2021

INDICE DE CONTENIDO

Opinión y análisis del Director	1- 2
Política interna de EEUU	3
EEUU y el mundo	4
EEUU y América Latina	5

COMITÉ ESTADOS UNIDOS
Director: Roberto Russell

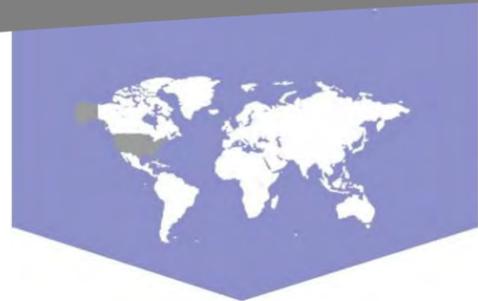
OBSERVATORIO
ESTADOS UNIDOS

Equipo de trabajo
Sofía Iotti
Lucas Chiodi
Federico Bursky

CONSEJO ARGENTINO PARA LAS
RELACIONES INTERNACIONALES
Uruguay 1037, piso 1°, C1016ACA
Buenos Aires, República Argentina
Teléfono (005411) 4811-0071 al 74
Fax (005411) 4815-4742

Este renovado –y extendido– espíritu de Guerra Fría ha despertado crecientes voces de alarma en medios académicos especializados en Relaciones Internacionales, tanto en Estados Unidos como en China. Christopher Layne, por ejemplo, advierte que “...si tu rival es el mal, el compromiso –en realidad, la negociación misma– se convierte en apaciguamiento” ([Christopher Layne, “Coming Storms. The Return of Great Power War”, *Foreign Affairs*, November/December 2020](#)). En esta misma línea de razonamiento, Yan Xuetong, director del Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad Tsinghua y uno de los expertos más influyentes de China, cuestiona a quienes enarbolan banderas ideológicas en ambas partes al tiempo que destaca la conveniencia de dejarlas de lado, en este caso para su país. Vale citarlo: “El ascenso de China crea objetivamente una contradicción estructural con las metas estratégicas de los Estados Unidos de mantener su posición hegemónica y hace inevitable la competencia estratégica entre ambos. Sin embargo, la cuestión de dónde competir y dónde no competir se ha convertido en una elección estratégica. La competencia en los campos de la ciencia y la tecnología, la economía, las fuerzas armadas, la diplomacia, la educación, etc., es crucial para el éxito o el fracaso del rejuvenecimiento nacional, por lo que la competencia en estos campos es necesaria. Por el contrario, la competencia ideológica no es beneficiosa para el rejuvenecimiento nacional y, por lo tanto, desde la reforma y la apertura de China en los 80, no participar en la competencia ideológica se ha convertido en un principio estratégico fundamental de nuestro gobierno. Su significación estratégica es múltiple”. (Sobre las razones de esta relevancia múltiple, ver [Yan Xuetong, “Cómo prevenir disputas ideológicas”. *Reading the China Dream*, October 2020](#)).

Desde su asunción, el gobierno de Biden ha mantenido la calificación de China como “principal rival estratégico” de Estados Unidos pero ha procurado bajar el tono de la disputa ideológica sin dejar de reconocer que el ascenso de China al status superpotencia es un reto al modelo político y de desarrollo económico estadounidenses. En este marco, hay otros aspectos de la competencia que comienzan a adquirir mayor gravitación y visibilidad. El propio Biden los puso de relieve en una columna de opinión publicada en *The Washington Post* el 5 de junio, días previos a iniciar su gira europea, el primer viaje al exterior desde que asumió la presidencia. Dice allí: “Las principales democracias ofrecerán una alternativa de alto nivel que compita con China, para mejorar infraestructura física, digital y de salud que sea más resistente y respalde el desarrollo global”. ([Joe Biden, “My trip to Europe is about America rallying the world’s democracies”. *The Washington Post*, June 5](#)). El mensaje reconoce que Estados Unidos y Occidente en general, han perdido terreno frente a China en la provisión de bienes tangibles a terceros países. Aquí entra en juego un proceso de emulación inversa en el que el declinante emularía al ascendente. Branco Milanovic, quien se ocupa específicamente de este tema en un reciente y recomendable artículo, concluye lo siguiente: “Estados Unidos debe abandonar su enfoque actual, que se basa en el desarrollo ‘suave’ de las instituciones y la sociedad civil, en favor de un enfoque ‘duro’, cuyo éxito sería medido por su impacto directo y rápido en el standard de vida de la gente”. (Al respecto, ver [Branco Milanovic, “Competition can be good for the developing world”. *Foreign Affairs*, May 21](#)). Esta cuestión emergente en la competencia entre Estados Unidos y China –la oferta de bienes materiales– abre un nuevo espacio a países como la Argentina para el ejercicio de una diplomacia de doble vía que puede traer, ejercida con inteligencia y prudencia, muchos beneficios.



POLÍTICA INTERNA DE LOS ESTADOS UNIDOS

El discurso doméstico en relación a China, presidencias imperiales e impactos de largo plazo: interrogantes del mandato de Biden en la política interna estadounidense

El presidente Biden ha propuesto una ambiciosa agenda de gasto estatal en la política interna estadounidense, siendo el American Rescue Plan la primera política pública aprobada por el Congreso y puesta en práctica a partir de la llegada del mandatario a la Casa Blanca. El American Jobs Plan y American Families Plan aún necesitan la ratificación del poder legislativo, donde hay ajustadas mayorías demócratas. Sin embargo, cabe preguntarse: ¿generarán un impacto de largo plazo las políticas de Biden o serán revertidas una vez que haya un cambio de gobierno?

Steven Klein ([Foreign Policy](#)) menciona que la pandemia fue un catalizador para las innovadoras políticas públicas del gobierno de Biden y destaca que estas propuestas reflejan un cambio en la visión pública acerca del rol positivo del Estado en la economía. Pero este enfoque también muestra las debilidades del Estado estadounidense, según el autor. Ellas se relacionan con que las propuestas políticas se enfocan más en el gasto que en nuevos programas sociales con una identidad y un nombre. En este sentido, el gasto monetario siempre se puede frenar por nuevas Administraciones mientras que programas con raíces más profundas son más proclives a permanecer en el largo plazo. La cuestión de la reversibilidad de las políticas es una variable a considerar que Klein destaca en su artículo. En la medida en que el presidente demócrata logre consolidar un apoyo robusto a sus políticas a lo largo de su mandato, estas tienen mayores chances de durar en el tiempo. Teniendo en cuenta que el American Rescue Plan fue puesto en práctica sin el apoyo del GOP, se podría argumentar que se dificulta un acuerdo bipartidario y, por lo tanto, un mayor consenso en el nivel de la sociedad.

Estos nuevos grandes cambios de políticas llevados adelante por Biden requieren nuevas cualidades de parte del poder ejecutivo. Eric Posner ([Project Syndicate](#)) propone el concepto de presidencias imperiales y argumenta que el público estadounidense busca un presidente poderoso en la Casa Blanca. El estallido de múltiples crisis en el siglo veintiuno aumentó la demanda de líderes que puedan responder decisivamente a los múltiples desafíos que enfrenta el país. A modo de ilustración, el autor sostiene que la debilidad de Donald Trump poco antes de las elecciones en 2019 fue responder con propuestas moderadas a la crisis de la pandemia originada por el coronavirus, porque temía que una respuesta federal robusta pudiera causar mayores daños a la economía y disminuir sus chances de reelección. Por el contrario, Biden decidió no cometer el mismo error, y calculando que la expansión estatal puede ser su mejor estrategia en el actual contexto, anunció los planes económicos de recuperación más ambiciosos de la historia reciente. Está aún por verse el efecto electoral de esta maniobra en las elecciones de medio término y en una posible reelección presidencial, pero el concepto de presidencias imperiales vino para quedarse, según Posner.

Además, en el presente marco geopolítico, la canalización interna de la competencia con China es otro factor importante. Ryan Hass ([NOEMA](#)) señala que cualquier esfuerzo por parte del mandatario de Estados Unidos por apoyarse en la amenaza externa de China para superar las divisiones domésticas probablemente fracase y dañe los intereses estadounidenses internos y externos. Por lo tanto, la amenaza de China debe ser tratada en sus propios términos y sin generar excesiva politización del tópico para permitir un margen de maniobra estratégico para el poder ejecutivo. A pesar de que la competencia con China podría generar el puente más accesible entre demócratas y republicanos, es probable que los riesgos y costos de utilizarla en clave de política interna sean muy altos de acuerdo con el análisis del autor.

Las principales razones detrás de estas afirmaciones se fundan en el hecho de que Estados Unidos tiene actualmente una menor cohesión social y mayor individualismo, aspectos muy diferentes al contexto de la Guerra Fría. Los intereses de la clase media estadounidense no se alinean con las prioridades de la política exterior. Asimismo, es importante tener en cuenta la diferencia en los incentivos con respecto a la relación sino-estadounidense entre demócratas y republicanos, ya que los segundos están buscando su propio mensaje unificador al interior del GOP y no van a permitir que Biden se apropie de esta temática por completo. Los republicanos también podrían adoptar crecientemente un enfoque más confrontativo para diferenciarse del gobierno, con consecuencias poco convenientes para la estabilidad internacional. También hay claros riesgos de mayor racismo hacia la comunidad asiática en Estados Unidos, característica que puede generar efectos adversos en cuanto a la imagen estadounidense en el mundo y la habilidad de atraer a las mentes más brillantes globalmente. La excesiva politización interna de las relaciones bilaterales entre China y Estados Unidos también podría debilitar la cohesión de las alianzas internacionales. Esto se debe a que se pierde previsibilidad y credibilidad cuando las acciones en política exterior dependen exclusivamente del discurso e incentivos de la política doméstica. En consecuencia, Hass resalta que un equilibrio controlado y medido es la mejor solución en el enfoque hacia China en el escenario interno estadounidense.

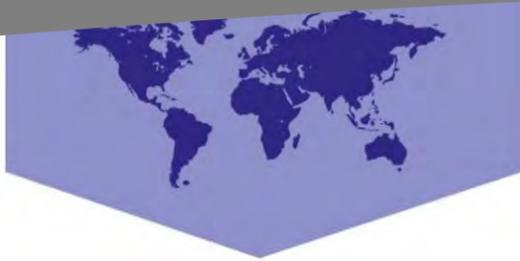
Es claro que la presidencia de Biden tiene grandes e importantes desafíos a resolver. En primer lugar, resulta crucial generar y consolidar consensos internos y de largo plazo en cuanto a la finalidad de los gastos estatales propuestos por la Casa Blanca para que las políticas actuales puedan tener un impacto de largo plazo. En segundo lugar, la afirmación de Eric Posner en el sentido de que las presidencias imperiales llegaron para quedarse destaca el nuevo rol de presidentes poderosos con capacidad de decisión certera en tiempos de incertidumbre. Por último, los términos usados domésticamente en la competencia estratégica con China importan e incidirán en el futuro de la relación bilateral y multilateral con otros países.

Artículos sugeridos:

[The Atlantic - Joe Biden Needs to Show That Democracy Can Deliver](#)

[Brookings Institution - The American Rescue Plan is the broadband down payment the country needs](#)

[Project Syndicate - The G7 Tax Clampdown and the End of Hyper-Globalization by Dani Rodrik](#)



ESTADOS UNIDOS Y EL MUNDO

La competencia estratégica con China, ¿el nuevo eje ordenador de la política exterior estadounidense?

China y Estados Unidos compiten en un número creciente de espacios de la esfera internacional. Durante su presidencia rotativa del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, el país asiático intentará, en la mirada de Morgan Lorraine Vina ([National Interest](#)), seguir socavando el liderazgo estadounidense con la colocación de sus vacunas en África frente a su rival que hasta el momento no ha exportado ninguna. En lo que pareciera ser una reacción, Biden anunció el 17 de mayo la decisión de iniciar la exportación de vacunas para reposicionar a su país en la sensible arena de este bien público. Bruno Binetti ([ver sesión académica “100 días de Biden: política interna, desafíos externos y el rol de América Latina”, CARI, 19 de mayo](#)) destaca que, si bien se trata de una estrategia más bien retórica por la complejidad del proceso productivo, ella contribuye a recomponer el soft power estadounidense.

En dicho campo (y en materia ambiental), Joseph Nye ([Project Syndicate](#)) apuntala la necesaria cooperación entre ambas potencias mientras compiten en los demás frentes, en el marco de lo que denomina una “rivalidad cooperativa”.

Taiwán, un bastión estadounidense en su resistencia al avance chino, pareciera ser el escenario más probable de un eventual, pero poco factible, conflicto bélico. John Mueller ([CATO](#)) analiza los factores que desalientan a China de invadir Taiwán, mientras que Ian Bremmer y Ali Wyne ([The Diplomat](#)) destacan cómo la empresa taiwanesa TSMC, “la joya de la corona” en disputa, podría alterar los incentivos a mantener la paz en medio de la carrera tecnológica. En ese marco, Robert D. Blackwill y Philip Zelikow ([CFR](#)) emplean el concepto de “intereses nacionales vitales” para prescribir hasta qué grado y bajo qué circunstancias debería movilizarse Estados Unidos en caso de un avance chino sobre Taiwán.

Artículos sugeridos:

[NOEMA Magazine - Playing the China Card - By Ryan Hass](#)

[Project Syndicate – The Limits to US-China Climate Cooperation – By Minxin Pei](#)

El conflicto palestino-israelí, ¿una cuerda floja para las aspiraciones de la política exterior de Biden?

La escalada de violencia entre Israel y Palestina puso en el centro de escena una vez más al centenario conflicto. A pesar de los históricos intentos de Estados Unidos por encauzar la “solución de los dos Estados”, Elise Labott ([Foreign Policy](#)) advierte que para ello resulta indefectible que Biden brinde cierto apoyo a Palestina, algo que hasta el momento no ha tenido lugar. Asimismo, destaca el rol mínimo que ha desempeñado el mandatario al momento de pregonar un cese de fuego y critica lo que considera su falta de una visión política seria sobre el conflicto. Por el contrario, James Traub ([Foreign Policy](#)) arguye que la Casa Blanca sí empezó a gestar una nueva política. Dado lo difícil que resulta la solución de los dos Estados, Biden pareciera esforzarse en presionar a Israel para que abandone su política segregacionista contra árabes y palestinos, pero sin involucrarse militarmente.

Para ello, replicar el legado de Kushner e involucrar a otros países de la región en la mediación resulta atractivo. En cualquier caso, la “política exterior para la clase media” y la defensa de la democracia a nivel global pregonadas por Biden son puestas en jaque dadas las tendencias autoritarias en ambos bandos del conflicto. De cara al futuro, mientras Israel se beneficiará de reiniciar las negociaciones de paz al desviar la atención de su segregación interna, Biden deberá meditar cada medida para no caer en incongruencias entre su discurso de política exterior y las decisiones efectivamente tomadas.

Artículos sugeridos:

[Carnegie Endowment for International Peace – The Old Israeli-Palestinian Conflict is Dead – Long Live the Emerging Israeli-Palestinian Conflict – By Nathan J. Brown](#)

[Council on Foreign Relations – What Is U.S. Policy on the Israeli-Palestinian Conflict? – By Kali Robinson](#)

[Project Syndicate – Biden’s Israel Problem – By Fawaz A. Gerges](#)

[Project Syndicate – What to Do About Gaza – By Carl Bildt](#)

La digitalización: ¿un jaque al neoliberalismo y la ortodoxia económica a nivel global?

Los anuncios poco ortodoxos de Joe Biden en materia de gasto han alzado interrogantes sobre el destino del neoliberalismo y el eventual surgimiento de un nuevo paradigma económico. La acuciante necesidad de “ecologizar” la economía y la aceleración de las transformaciones digitales parecieran inclinar la balanza hacia el segundo escenario.

No obstante, Dani Rodrik ([Project Syndicate](#)) remarca que los tomadores de decisión no deben pretender diseñar un nuevo paradigma global, sino más bien aprender a adaptar las políticas e instituciones a los cambios cada vez más veloces.

En ese marco, Anne O. Krueger ([Project Syndicate](#)) se adentra en una tendencia: las monedas digitales de los Bancos Centrales. En su análisis, pondera los beneficios y riesgos que trae consigo la adopción de este nuevo medio de pago.

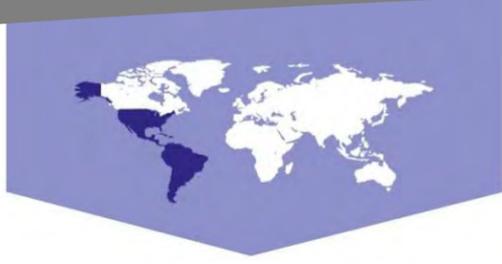
Aun así, la tendencia en dicho campo pareciera desoír el consejo de Rodrik. Los Bancos Centrales de China y Bahamas comenzaron a implementar este tipo de monedas; producto de la lógica de competencia, Estados Unidos y la Unión Europea aceleran tratativas para no quedarse atrás, configurándose así un incipiente paradigma monetario global. A la cautela subrayada por Krueger, se añade lo sustancial que resulta esta transición para Estados Unidos al ser el epicentro del orden monetario internacional.

En esa línea, Matthew J. Slaughter y David H. McCormick ([Foreign Affairs](#)) proponen un modelo regulatorio que permitiría a Estados Unidos liderar en la irrupción digital, impulsar la innovación a nivel global y velar por sus intereses más sensibles en la materia. El quid de la cuestión será si prima la cautela y la planificación o si la necesidad de contener el avance chino lo lleva a obviar las recomendaciones de los especialistas.

Artículos sugeridos:

[International Organization - Embedded Liberalism in the Digital Era - By Edward D. Mansfield & Nita Rudra](#)

[The Economist - The digital currencies that matter](#)



ESTADOS UNIDOS Y AMÉRICA LATINA

Hasta el momento, la agenda de política externa del presidente Biden hacia América Latina y el Caribe parecería bifurcarse en un espectro de prioridades e intensidades disímiles. Por un lado, se observa una agenda activa que, en esencia, responde a las complejas y apremiantes dinámicas de relacionamiento y proximidad geográfica norteamericana. Por otro lado, frente a un dificultoso contexto signado por la fragmentación e incertidumbre política y social en América Latina, se evidencia una política externa “expectante” que se ha limitado a avanzar en asuntos y sectores concretos sin delinear un enfoque claro y positivo por parte de Washington.

La alta prioridad que el gobierno de Biden le ha asignado a la Cuenca del Caribe, y su consecuente intensidad en los últimos días, se confirman con la visita del Secretario de Estado Antony Blinken a Costa Rica (1 y 2 de junio) antecediendo el primer viaje internacional de la vicepresidenta Kamala Harris a México y Guatemala. Vale recordar que el mismo Biden la designó para liderar los esfuerzos de la densa agenda centroamericana con el objetivo último de encarar sus causas más profundas. Empero, resolver este asunto no alcanzará con una gestión de gobierno. Así lo dejó entrever [Michael A. Clemens](#) en un reciente artículo publicado en la revista [Foreign Affairs \(Ver 7 de Junio 2021\)](#) en el cual argumenta que Biden debe comprender que las presiones migratorias del Triángulo Norte siguen dos patrones marcadamente diferentes: ondas largas que duran décadas y picos cortos que duran meses. Paradójicamente, señala Clemens, el primer fenómeno se explicaría como consecuencia de una mejora en el bienestar relativo de los países centroamericanos que impacta en la búsqueda de nuevas oportunidades por parte de sus habitantes. Por su parte, el segundo fenómeno resultaría de una fuerte crisis o shock de corto plazo que provoca una rápida migración desde estos países. Clemens entiende que este último patrón es el que mejor describe la situación actual en la Cuenca del Caribe.

La elección de Harris para afrontar este asunto podría estar reflejando la voluntad del Ejecutivo estadounidense de lograr, finalmente, una política interméstica contundente y efectiva en el largo plazo. En efecto, en su [discurso](#) junto al presidente costarricense Carlos Alvarado, Blinken sugirió que el destino de los estadounidenses se encuentra fuertemente entrelazado con las dinámicas centroamericanas y, por lo tanto, cualquier acción o inacción en esta región tendría efectos significativos en múltiples niveles de la política doméstica estadounidense. Por lo tanto, Biden y su equipo deberán hacer esfuerzos mayúsculos para abordar una situación compleja que contempla no solo la acuciante situación migratoria, sino también una corrupción generalizada y diversas crisis (sanitaria, económica, climática, etc.). Sobre estos desafíos recomendamos particularmente la reciente [entrevista a Richard E. Feinberg](#).

Pero también la apretada agenda estadounidense en la Cuenca del Caribe se explicaría por la gestación de un fenómeno que responde a variables sistémicas signado por lo que Roberto Russell denomina de “periferia penetrada” por “un gran poder extrarregional en vertiginoso ascenso que se adosa al de la “periferia turbulenta” (tal el caso del Triángulo Norte) como un factor que influye en la atención Washington, que lo compele a actuar y a aumentar sus peticiones de aquiescencia a sus preferencias” ([ver boletín N°106 de este Comité](#)). Este análisis se corresponde con la declaración del Almirante Craig S. Faller, Comandante del Comando Sur de los Estados Unidos (SOUTHCOM) ante el Congreso de los Estados Unidos el pasado 16 de marzo, quien identificó a la República Popular China como el actor extrarregional de mayor preocupación en América Latina y el Caribe. Allí remarcó, particularmente, que la “primera línea” en la competencia geopolítica con China reside ahora al sur de la frontera de Estados Unidos ([ver Declaración](#)).

Más allá de los dinámicos y vigorosos vínculos de los Estados Unidos en Norteamérica, influenciados, como ya se mencionó, por el peso que adquiere el componente geográfico, la intensidad del relacionamiento hacia el resto de América Latina parece moderarse y acortarse considerablemente según la relación bilateral con cada país. Esto no implica, de ninguna manera, afirmar una relajación o desconcierto de la política internacional de los Estados Unidos en su área de influencia. En efecto, al menos en el plano discursivo, Biden ha demostrado voluntad para respaldar los procesos necesarios con el fin de alcanzar un hemisferio estable, de clase media y democrático. Sin embargo, por el momento no se ha explicitado una agenda regional específica que ordene incentivos regionales y/o busque una mayor articulación entre los distintos procesos de integración –muchos de ellos hoy paralizados o en serias dificultades para lograr avances coordinados–.

Algunos autores proponen que la agenda ambiental podría ser aquella que otorgue un marco para la acción, incluso cuando las divisiones ideológicas obstaculizan la cooperación en múltiples aspectos, tal como lo acaba de manifestar Benjamin Gedan en un reciente artículo. (ver Benjamin Gedan, [“Biden Should Pursue an Environmental Treaty for the Western Hemisphere”](#). *Foreign Policy*, June 2). Atendiendo la Cumbre Climática organizada por Biden en el mes de abril, y de cara a la Cumbre de las Américas en la cual Washington será sede por segunda vez desde 1994, Gedan señala que un tratado ambiental regional de carácter hemisférico sería el próximo paso que Biden debería impulsar para demostrar su verdadero compromiso con la región.

Asimismo, una posible lectura que se puede derivar de la expectante actitud de Biden es que a Washington le está resultando particularmente difícil descifrar cómo evolucionarán los fenómenos políticos y sociales que se están operando en una región altamente fragmentada, compleja y diversa y, por ende, con poco margen de maniobra para impulsar una agenda regional más sólida. La utilización de conceptos y modelos que hasta hace pocos años permitían cierta comprensión de los procesos regionales, hoy parecieran ser poco precisos para reflejar lo que sucede, por ejemplo, en Chile, Perú y Colombia. Consecuentemente, esto se traduce en una limitada agenda regional estadounidense que avanza en cuestiones precisas con cada país, resultando en mayores oportunidades para que los actores extrarregionales ocupen determinados espacios de influencia.

Este último punto podría derivar en lo que Ryan Berg entiende como una “insolvencia estratégica” por parte de Washington para hacer frente a este desafío considerable que impacta de lleno en su zona de influencia. Según entiende el autor, el carácter principalmente económico de la relación China-América Latina no implica que esta sea de alguna manera benigna. En efecto, la presencia de China ha demostrado la capacidad de desplazarse fácilmente a los dominios militar y político, una lección que se extrae de la observación de otras regiones del mundo y en la cual América Latina y el Caribe no serían una excepción. De hecho, para Berg, la región ha sido testigo del inicio de una transformación de activos críticos de doble uso, que impacta de lleno en el interés nacional estadounidense. ([Ver Ryan Berg, “The Dragon Descends Southwards: Chinese Foreign Policy in Latin America Warrants a U.S. Response”](#). *Georgetown Security Studies Review*, May, 4).

En este orden de ideas, David Castellon publicó en la revista [The Diplomat un artículo al que insinuamente tituló “Colombia: China's New Amigo?”](#). Allí refuerza lo propuesto por Berg y advierte un sutil avance de la potencia asiática en el país con el que los Estados Unidos mantienen una histórica relación estratégica. Aunque parezca difícil y simplista imaginar un cambio de esta magnitud en las relaciones de ambos países, lo cierto es que China parece lentamente ejercer mayor influencia en la región.